

Día 28. El perdón

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre de perdón y misericordia, colma mi corazón con la abundancia de tu Espíritu Santo para que se impriman en mí los sentimientos del Corazón de tu Hijo, Jesucristo, y aprenda a perdonar y pedir perdón de todo corazón.

MEDITACIÓN:

Para meditar sobre el perdón, vamos a apoyarnos en una de las parábolas más conocidas y hermosas del Evangelio: la parábola del «hijo pródigo». Pero, por ser sobradamente conocida, escucharemos solo aquellas frases que más nos ayuden a la meditación de esta jornada:

«Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». (...) Juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. (...) Y empezó a pasar necesidad. (...) Se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos, (...) pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre». (...) Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas. (...) «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo». (...) «Comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado». (Lc 15 11-31)

«Dios, rico en misericordia (Ef 2,4), es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre», es la frase con la que comienza la carta encíclica de san Juan Pablo II sobre la Misericordia Divina¹. Y en esa carta, continua el santo citando al Señor cuando responde a uno de sus discípulos: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9), dándonos a entender que la misericordia es, como en realidad sabemos, uno de los principales atributos del Corazón de Cristo. Por ello, no podemos dejar de meditar sobre el tema del perdón en sus dos vertientes, ya que el corazón que de veras se entrega a Jesucristo debe ser, como el del Señor, misericordioso para perdonar siempre y, desde luego, siempre presto a pedir perdón.

No en vano, cuando rezamos el Padrenuestro, la oración que Jesús nos enseñó, decimos: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Y esta es una enseñanza muy seria y clara: al que no perdona, no se le perdonará. ¿No decíamos que el Señor es misericordioso siempre? Desde luego. Y es que no depende tanto de Él como de nosotros: si cerramos nuestro corazón negándonos a perdonar, estamos cerrando nuestro corazón al amor, haciéndolo impermeable al amor misericordioso del Padre.²

En esta misma línea, el Papa Francisco, en la encíclica *Dilxit nos*, expone con mucha claridad:

No se debe pensar que el reconocimiento del propio pecado ante los demás es algo degradante o dañino para nuestra dignidad humana. Al contrario, es dejar de mentirse a sí mismo, es reconocer la propia historia tal cual es, marcada por el pecado, especialmente cuando hemos hecho daño a los hermanos: “Acusarse a sí mismo es parte de la sabiduría cristiana. [...] Esto le gusta al Señor, porque el Señor recibe el corazón contrito”.³

¹ SAN JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 1980

² CIC, n. 2840

³ Carta enc. *Dilxit nos*, n. 188

San Ireneo, gran teólogo del siglo II, explicaba que Jesús «recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús»⁴. Y el pedir perdón es un elemento esencial en la restauración de nuestro corazón, ya que nos conduce a la sanación interior que permite recuperar nuestra dignidad. Y esto es lo que, con toda claridad, podemos apreciar en el momento de la reconciliación entre el padre y el hijo de la parábola que escuchábamos al principio: «*Aquél que perdona y aquél que es perdonado se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría*»⁵.

Y dice también el Santo Padre en su última carta encíclica:

*La reparación, para ser cristiana, para tocar el corazón de la persona ofendida y no ser un simple acto de justicia conmutativa, presupone dos actitudes exigentes: reconocerse culpable y pedir perdón.*⁶

El corazón que perdona vuelve a abrirse al amor y a la esperanza, y puede recobrar la paz, incluso aunque el daño o la herida que se le ocasionó no sean completamente reparables, ya que «perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.»⁷

Por su parte, el corazón que aprende a pedir perdón y es capaz de compungirse, experimentará que su corazón va cada día asemejándose más y más al Corazón de Jesucristo, ya que «en vez de enfadarse o escandalizarse por el mal que cometen los hermanos, llora por sus pecados. No se escandaliza. Se realiza entonces una especie de vuelco, donde la tendencia natural a ser indulgentes consigo mismo e inflexibles con los demás se invierte y, por gracia de Dios, uno se vuelve severo consigo mismo y misericordioso con los demás.»⁸

PROPÓSITO:

Jesús, enséñame a pedir perdón lo antes posible, ante cada falta que cometa; y, ante cualquier ofensa, la gracia de perdonar sin resistirme.

JACULATORIA:

Jesús, de Corazón infinitamente misericordioso, haz mi corazón semejante al tuyo.

⁴ SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* 3, 18, 1

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n. 14

⁶ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 187

⁷ *Spes non confundit*, n. 23

⁸ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 190